"La batalla de Asencio"

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler

Capítulo 1

La batalla de Asencio

La embarcación llevaba media hora de trayecto, el viento comenzó a soplar con fuerza. Las nubes opacas descendieron atraídas por la inquietud del mar. La tripulación estaba muy ocupada con las velas, el capitán ordenó que se retiraran los objetos de cubierta que pudieran caer al mar. El casco había sido reparado y relucía chocando con las agitadas olas. La proa comenzó a picotear la superficie del océano sumergiéndose hasta las amuras, la agitación y balanceo producían vértigo hasta en el más intrépido de los marineros. Resistían con valor porque sabían que su misión era trascendental para el nuevo rumbo que tomaría la humanidad. Solo el abogado Fuentes parecía indiferente a los fuertes silbidos y estrepitosos empujones de la inclemencia del tiempo. Estaba analizando uno de los artículos del código penal que podría ofrecerle una salida a su contrincante en el juicio. Ya había encontrado todas las salidas y con astucia había pegado en cada agujero una adherente consigna o acusación. Asencio no podía resistir las embestidas del barco, ya desde el puerto las arcadas lo torturaban, ahora con el estómago vaciado se aferraba a lo que podía. Su camarote estaba cerca de la batería de toldilla, por eso sufría como en un parque de atracciones los prolongados vaivenes de un carro de la montaña rusa.

“Esto durará bastante, muchacho—le dijo el capitán asombrado de verlo tan blanco, casi sin tonalidad humana—, tendrás que ser fuerte. Las pruebas duras te esperan en tierra firme”. Asencio ni siquiera lo miró, temía que lo viera un riguroso hombre acostumbrado a los peores ataques de las bestias marinas. Lo había abandonado la determinación, esa señora rica y astuta que lo engatusó y animó, con su aspecto soberano, a que declarara en contra del Cardenal obispo. Lo conoció en el catecismo cuando el supuesto Isidoro Santo le echó el ojo. “¡Serás iluminado, hijo mío!”—le dijo abrazándolo como si fuera un enviado del cielo. Asencio se lo creyó, se imaginó vestido de héroe salvando la casa del señor. Uno era el portador de la fe y la esperanza en la salvación del espíritu y el otro, un niño entrando en la adolescencia que tenía ganas de creer. Fue engañado y desviado por muchos años del camino correcto. Le fue mostrada la autoridad de Dios y sus grandes amenazas a la desobediencia, la voz de Jesús era débil en aquel entonces porque el estudio era del génesis, de los profetas, los reyes y la migración del pueblo elegido. Con ellos, Asencio salió hecho un esclavo, sufrió el hambre, la sed y el abuso de los poderosos que cada vez se encontraban con él vestían atuendos muy lujosos y extravagantes. Isidoro subió como la espuma de simple religioso a diácono, luego sacerdote, después obispo y si no se lo hubieran impedido sería un cardenal pretendiendo el lugar del Papa.

El letrado Fuentes llamó a Asencio, le dijo que lo protegería de los truenos que en ese momento comenzaron a estallar en el cielo. Eran las vociferaciones del mismo Señor, que, dada la imposibilidad de demostrar la inocencia de sus emisarios, rezumbaba en el firmamento. La amenaza era una condena al infierno en el reino de Poseidón. Sonaron los cánticos del coro formado por las voces de Nietzsche, Tolstoi, Schopenhauer y Hegel en defensa del pobre joven que quería enfrentar al ejército de la fortaleza del Todopoderoso. "El reino del verdadero Dios está dentro de nosotros, no es más que la filosofía de la bondad y el amor que nos dejó Jesucristo. No le hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti, no generes la violencia, ama sin intereses personales y libera tu cuerpo de los malos deseos, mata esos demonios con la paz del espíritu". Esa era la novena sinfonía de los rezos de los hombres de la embarcación, fuera, la lluvia torrencial era la fuerza del Clero secular cuidando sus intereses. La voz del Papa canonizaba para inmunizar a sus demonios. Isidoro Santo había ocultado su cuerpo lobuno debajo de las sotanas y casullas. El lobo del hombre, la bestia pervertida tendría que organizar a sus soldados de infantería para recibir a estos argonautas improvisados que iban al laberinto de Dédalo a matar al minotauro. No tenía las armas de Ariadna, no tenía la fuerza y determinación de Teseo, pero ya había visto su muerte y la de sus compañeros en sueños mitológicos. Era para salvarse y salvarlos a ellos, para tomar una venganza que no era la guillotina, ni la horca, ni el fusil, solo destaparle la cara al Anticristo que se había ocultado junto con miles de sus cómplices en la casa de Yahvé. El Mesías usó el látigo dijo el licenciado Fuentes, tú usarás la voz como arma, tu lengua será afilada, desgarrará la hipocresía, desnudará a los traidores y mutilará discursos episcopales y, tal vez, derribe la guarnición de arcángeles; pero debes ir hasta el final.

Oscureció el cielo diurno y la nave avanzó como una pequeña hoja otoñal en un río brumoso. Se evitó la luz de los quinqués y se dejó el faro de la esperanza. El corazón guió el camino de los pasajeros. Nadie cayó al mar. Las fauces de los tiburones se confundían con las crestas de las olas. Salieron las grandes serpientes del fondo del mar, endemoniadas mantarrayas, cíclopes de tentáculos se dejaban arrastrar por la embarcación en su intento de hundirla. No lograron aplacar la fuerza de la justicia, que con una bandera pulcra se mantenía firme ante los ataques del viento. "¿Recuerdas lo que vas a declarar?—preguntó Fuentes con los oídos fijos en el oscuro silencio y los ojos abiertos a la respuesta—. Es importante que lo declares todo, en caso contrario fallaremos y esta oportunidad se perderá para siempre, nos mandarán al infierno por calumnia. Sabes que no tenemos testigos y es tu palabra contra la de él. Nadie más se atrevió a enfrentar la ira de los sermones, los pasajes del Antiguo Testamento, pero la voz del hijo del hombre saldrá por tu boca y dirás la verdad. Será como El Espíritu Santo con alas blancas que destellarán en esa sala de ignorancia. No será un juicio eclesiástico, habrá civiles y militares, se presentará el emperador y habrá crucificados. Atestiguarán contra ti los filisteos, te querrán cambiar por un criminal en

las Pascuas, pero tendrás nuestro apoyo, nadie te venderá por treinta monedas. No habrá ilusos colgándose de las ramas de los robles.

Tres semanas duró el viaje y al final vieron la costa. ¡Tierra! ¡Tierra!—gritaba el vigía que se había dejado las fuerzas enredadas con los rayos de luz de las estrellas—. La brisa llegaba con las voces de las sirenas. Todas estaban fuera del agua con vestidos blancos y pancartas. Pedían justicia. Asencio recobró el color, se le calentó la piel y se puso moreno, le brillaron los ojos con pupilas de zafiro. Quiso hablar, hacer promesas y recoger denuncias, pero Fuentes le pidió modestia. Se bajó con prudencia del barco, sus altas botas se mojaron y se tuvo que enredar la capa para no empaparla. Su sombrero con pluma y enfundada espada le valieron las palmas. Lo subieron en un corcel y lo escoltaron con una peregrinación, parecía un paso de trono en Semana Santa, los ojos lo miraban por las celosías de la curiosidad. La gente lo tocaba esperando un milagro. No duró mucho la magnificencia de la acogida porque aparecieron los verdaderos encapuchados. Estaban ordenados en filas con sus túnicas blancas, sus capirotes y crucifijos. Sus ojos echaban fuego y algunos se des mascararon los capuchones para mostrar su gesto amargo.

Había reservada para el valiente comandante una casa de adobe con techo de paja. No era un pesebre, pero lo parecía el mobiliario. Había puertas marcadas con estrellas de David. Se culpaba la ineficiencia de Moisés y sus tablillas petrificadas. El día era hermoso, la gente comía pan ácimo y vino joven. Algunos no se retractaron de hacer los sacrificios y quemaron corderos para satisfacer el hambre de El Creador. Por recomendación de Fuentes, Asencio no salió a la calle, guardó ayuno y se dedicó a meditar. En realidad, estaba repasando sus declaraciones. Dejó que los recuerdos surgieran como pequeños tallos de legumbres. "Ve cómo aparecen, Asencio—le dijo al oído el experimentado abogado—, guárdate en la mente esos gérmenes y describe tus sensaciones para que puedas describirlos ante un juez". Asencio con los ojos cerrados lloraba porque los recuerdos le nacían del vientre y se estremecía. Al final reconstruyó todo el pasado y se quedó dormido. Llegó el día esperado.

El día decisivo. Asencio salió con el pelo ungido de aromáticos aceites, tenía puesta unas sandalias viejas, su atuendo era humilde y las sortijas de su pelo habían creado una corona espinosa en su cabeza. Decidió hacer el camino a pie. Era como un viacrucis, sufría amenazas, era acusado de blasfemo, las lenguas le lamían la espalda como latigazos. Los ojos furibundos lo hacían sudar sangre. No se hincó, ni pidió ayuda. Alguien se compadeció de él y le dio de beber. Caminó por una pendiente hacia la cima de la montaña donde estaba el capitolio. Ya lo esperaban las togas y un martillo. El murmullo llegaba hasta él, se le metía en el tuétano y le impedía avanzar, sin embargo, los rostros conocidos de sus seguidores le dieron fuerza. No habrá gallo que cante al amanecer, todos estarán fuera de la suprema corte, nadie te negará tres veces y saldrás resucitado sin

morir en la cruz.

En la entrada. Había monjas y sacerdotes vendiendo trozos de La Sábana Santa, crucifijos de leña y biblias traducidas y corregidas por Dios. Los limosneros miraron al osado joven y se curaron de la lepra. “Existe—dijo un hombre que había comprado, con ruegos y clemencia, cientos de botellas de alcohol—Es de verdad”. Claro que existe, idiota—le dijo un hombre más joven que reconoció la bondad de Asencio y se arrodilló—. Asencio, cuando estés en el reino del Señor, acuérdate de mí, confiésalo todo. Él lo cogió de las manos y le dijo que esa misma tarde estarían los dos sentados declarando en nombre de la verdad. Se abrieron unas enormes puertas y brilló el piso de mármol. Avanzó Asencio sigiloso como un gato en una casa nueva. Le señalaron su sitio, quedaba frente al juez. La sala estaba llena y las personas enmudecieron. Solo sus ojos parecían tener vida. El aire se quedó inmóvil. Esperando que alguien lo exhalara. Fueron unos niños que no sabían lo que pasaba quienes lo inhalaron, pero su intuición les decía que ese hombre con rostro amargado les salvaría. “Dejad que los niños se acerquen a mí—exclamó una voz que descendió de la cúpula más alta— y quien se atreva a manchar su pulcra alma con manos sucias se retorcerá en el infierno”. La voz inundó con un eco ferroso la atmósfera y Fuentes se presentó ante el juez.

Empezó la sesión y el cardenal Isidoro Santo fue interrogado. Respondió con los ojos aposentados en la nada, esperaba que las fuerzas del mal, con las que había pactado la venta de su alma, lo salvaran dándole los recursos para engañar, pero no había nada. No acudían las fuerzas demoniacas, solo tenía ante si a la depravación con cara lujuriosa tirada, abierta de piernas; el deseo estaba de cuclillas entumecido, temblando con escalofríos; el valor que lo había ayudado a dormir con la conciencia tranquila salió de forma imperceptible. Entonces le comenzaron a vibrar las piernas, gritó pidiendo la intervención de Dios, pero rápido comprendió que estaba solo. Nadie lo secundó cuando justificó sus actos. El dolor se le escurrió por las piernas cuando oyó que sería condenado a la cárcel de por vida. Escuchó sin levantar la cara una lista de nombres que le llenó la cabeza con hoyos de alfiler. Minutos después se le detuvo la respiración y quedó tan tieso que lo sepultaron sentado, pero de cabeza.